Laura Bellini



Tu mitad del alféizar

Para una planta. Para dos deseos diferentes

Tu mitad del alféizar

Para una planta. Para dos deseos diferentes

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902554

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La frontera entre nosotros..... 11
Capítulo 2 - Las condiciones de nuestra colaboración 23
Capítulo 3 - Donde se filtra la luz 35
Capítulo 4 - Al otro lado del silencio..... 47
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 61
Capítulo 6 - La cercanía que elegimos 73
Capítulo 7 - El precio de las puertas abiertas..... 86
Capítulo 8 - No solo lo que ves 97
Capítulo 9 - El riesgo que asumimos juntos 109
Capítulo 10 - Cuando dejamos de fingir 121
Capítulo 11 - Un lugar para tus cosas 134
Capítulo 12 - Todo lo que no nos dijimos 147
Capítulo 13 - Lo que no estoy dispuesta a ceder 159
Capítulo 14 - La verdad entre dos personas.....171
Capítulo 15 - Una firma sobre la vida de otros 184
Capítulo 16 - La distancia que necesitamos 196
Capítulo 17 - Lo que queda cuando te marchas 206
Capítulo 18 - El precio de una segunda oportunidad.....218
Capítulo 19 - La voz que realmente importa..... 229
Capítulo 20 - Tu mitad del alféizar 241

INTRO

Lo primero que vi aquella mañana fue una línea roja que atravesaba mi plano del invernadero.

Cruzaba exactamente por el centro del ancho alféizar situado bajo las ventanas occidentales, allí donde llevaba tres años creciendo la monstera más antigua de nuestra colección. Alguien la había trazado con un rotulador grueso sobre una lámina transparente colocada encima de mi proyecto. Junto a ella aparecía una anotación: «Zona pendiente de reorganización».

Me quedé inmóvil, con una taza de café en la mano, intentando decidir qué me irritaba más: el descaro de aquella intervención o el hecho de que la línea estuviera dibujada con un pulso extraordinariamente firme.

—De ninguna manera —le dije al invernadero vacío.

El goteo de una válvula defectuosa fue la única respuesta.

Eran las siete y cuarto. Al otro lado de los altos cristales, el cielo de Poznań tenía el color del hormigón mojado, y el frío de noviembre se filtraba por los marcos metálicos de las ventanas. Dentro olía a tierra húmeda, hojas y madera vieja. Conocía aquel olor mejor que la mayoría de los perfumes. Durante los últimos cuatro años había aprendido a distinguir gracias a él cuándo se había regado demasiado, cuándo los radiadores funcionaban con excesiva intensidad y cuándo, por fin, estaba a punto de llover.

Tenía veintinueve años, un título universitario en Botánica y mi propio plan para salvar un lugar que, oficialmente, ni siquiera podía llamar mío.

El plan era concreto. Seis semanas para organizar la colección, reparar el sistema de riego y preparar un programa comunitario de cuidado de las plantas. Después, un fin de semana de puertas abiertas, una campaña de donaciones y conversaciones con el administrador del edificio para prolongar la financiación. Todo estaba detallado en un calendario, con un presupuesto y una lista de vecinos dispuestos a colaborar.

Solo había olvidado prever una cosa: la aparición de un hombre convencido de que podía mover mis plantas con un rotulador rojo.

Retiré la lámina del plano. Debajo, mis anotaciones seguían intactas. Las ubicaciones cuidadosamente señaladas, las direcciones de la luz y los puntos que necesitaban intervención resultaban casi tranquilizadores. Doblé por la mitad la hoja ajena, pero cambié de opinión y volví a extenderla sobre la mesa. Necesitaba saber quién había dejado aquel mensaje.

—Si está buscando al responsable de esa línea, lo tiene detrás.

La voz masculina llegó desde la entrada.

Me volví.

El hombre llevaba un abrigo oscuro abierto sobre un jersey gris antracita y sostenía bajo el brazo un rollo de planos. Era alto, tenía el pelo corto y castaño oscuro y el rostro de alguien que se había levantado demasiado temprano, pero no pensaba reprochárselo a nadie. Unas gotas de lluvia brillaban sobre sus zapatos.

Primero miró la lámina que yo sostenía y después la monstera.

—Veo que ha encontrado mis observaciones.

—Era difícil no encontrarlas. Ocupan la mitad de mi proyecto.

—Eso ha sido casualidad. Podrían haber ocupado más.

No sonrió, pero percibí en su voz algo sospechosamente parecido a la diversión.

—¿Quién es usted?

—Marek Kłos. Diseño invernaderos y jardines acristalados. Me han pedido que evalúe las posibilidades de modernizar estas instalaciones.

—¿Quién se lo ha pedido?

—El administrador del inmueble. Entiendo que usted es Zuzanna Olszewska.

—Y yo entiendo que alguien debería haberme avisado.

Aceptó la observación sin discutir. Dejó el rollo de planos en el extremo libre de la mesa, esquivando las macetas que yo había distribuido sobre ella. Me fijé en aquel gesto, aunque no tenía ninguna intención de concederle puntos a su favor.

—Deberían haberlo hecho —respondió—. Me dijeron que la persona responsable de la colección estaría aquí hoy. No sabía que vendría tan temprano.

—Las plantas no se adaptan al horario de la administración.

—Quienes diseñamos espacios para ellas tampoco lo hacemos siempre.

Aquella fue una respuesta que no esperaba.

Marek se quitó el abrigo y lo colgó del respaldo de una silla. Se remangó el jersey, dejando los antebrazos al descubierto. Lo hacía todo sin prisas, como si no le

importara que yo lo observara con una hostilidad manifiesta. Aquella tranquilidad me ponía más nerviosa de lo que debería.

—No puede retirar esa monstera —dije.

—Todavía no estoy retirando nada.

—Ha escrito «reorganización».

—Porque la distribución actual dificulta el acceso a las ventanas y las instalaciones. Si queremos reparar la calefacción, necesitamos espacio.

—No necesita todo el alféizar para eso.

Se acercó. Se detuvo al otro lado de la mesa, lo bastante lejos para respetar mi espacio, pero lo suficientemente cerca como para que pudiera distinguir pequeñas manchas de grafito en sus dedos.

—¿Me enseñará cuánto espacio necesito realmente?

No había condescendencia en su pregunta. Más bien un desafío al que resultaba difícil negarse.

Saqué una cinta métrica del cajón.

Durante los diez minutos siguientes medimos las distancias entre los radiadores, los marcos de las ventanas y las macetas. Marek no intentó arrebatarme la herramienta. Sujetaba la cinta donde yo se lo indicaba, anotaba las cifras y hacía preguntas a las que respondía con una irritación cada vez menor. Descubrió una grieta en la parte inferior de un marco que yo no había advertido. Yo le mostré los depósitos de sales bajo el sustrato, que indicaban que el problema de humedad era anterior a la última avería.

Cuando moví una maceta pesada para dejar al descubierto la válvula, apareció inmediatamente a mi lado.

—¿La ayudo?

—Sujete la base, por favor. No la levante por el borde.

Hizo exactamente lo que le pedí.

Nuestras manos quedaron durante un instante a ambos lados del macetero de cerámica. Pensé, de manera absurda, que tenía unas manos preciosas. No porque estuvieran cuidadas, sino porque sabían trabajar con precisión. No necesitaba que le explicaran las cosas dos veces.

—Tiene razón —dijo al cabo de un momento, incorporándose—. No hace falta todo el alféizar. Basta aproximadamente con la mitad.

—¿Mi mitad o la suya?

Entonces sonrió.

Apenas un movimiento en una comisura de los labios, pero transformó por completo su rostro. Hasta aquel momento me había parecido frío. Ahora advertí el cansancio alrededor de sus ojos y una ternura inesperada.

—Supongo que eso tendremos que negociarlo.

Aparté la mirada antes de que pudiera darse cuenta de que le había devuelto la sonrisa.

Su teléfono vibró sobre la mesa. La pantalla se iluminó durante un segundo. No tenía intención de leer mensajes ajenos, pero alcancé a distinguir un fragmento de la notificación: «opción comercial — cálculo de ingresos».

Marek dejó el teléfono boca abajo.

—¿También está preparando un presupuesto? —pregunté.

—Estoy trabajando en varias alternativas para el futuro de este lugar.

—¿El futuro según quién?

Durante un instante me observó con más atención, como si buscara una respuesta que no sonara a una frase preparada para una presentación.

—Según las personas que tendrán que pagar su mantenimiento.

—¿Y las personas que utilizan el invernadero?

—Ellas también.

Lo dijo con calma, aunque no tan deprisa como había respondido a mis preguntas anteriores.

Un tranvía pasó al otro lado de la ventana. La vibración se transmitió a los cristales y una hoja de la monstera se movió ligeramente, aunque dentro no corría ni una brizna de aire.

Pensé en la señora Helena, del tercer piso, que acudía allí todos los días desde la muerte de su marido. En los dos niños del bloque vecino que cuidaban su propio esqueje de limonero. Y pensé en mí misma, que llevaba meses aplazando una oferta de trabajo en un laboratorio privado para terminar un proyecto destinado a garantizar que todos pudieran seguir accediendo libremente a aquel lugar.

Marek desplegó una hoja nueva sobre la mesa.

—Me gustaría ver su calendario de trabajo. Quizá podamos combinar nuestras propuestas.

Miré sus dibujos y después el rostro del hombre que, en apenas unos minutos, había conseguido irritarme, sorprenderme y despertar en mí un interés que iba mucho más allá de la simple curiosidad profesional.

No quería entregarle el control del invernadero. Tampoco quería reconocer que su presencia había cambiado la

atmósfera de un lugar que hasta entonces había considerado completamente predecible.

Le tendí mi plano, pero mantuve una mano apoyada sobre el borde.

—Con una condición. No prometerá nada sobre este lugar a nadie sin hablar antes conmigo y con los vecinos.

Marek bajó la mirada hacia mi mano y después me miró directamente a los ojos.

—¿Y usted escuchará mis propuestas antes de decidir que representan una amenaza?

No respondí inmediatamente.

Una estrecha franja de luz pálida atravesó el cristal húmedo. Cayó sobre el alféizar y lo dividió casi exactamente por la mitad.

Observé a Marek, consciente de que había algo que me inquietaba mucho más que sus planos: la facilidad con la que empezaba a desear que se quedara.

¿Sería capaz de defender todo lo que me importaba si el hombre que estaba al otro lado de la mesa se convertía en alguien a quien no quisiera perder?

Capítulo 1 - La frontera entre nosotros

A las diez de la mañana, el invernadero dejó de ser un lugar tranquilo lleno de plantas y se convirtió en una sala de reuniones donde cada persona tenía su propia definición de catástrofe.

La señora Helena había traído un termo de té y tres cajas de galletas de mantequilla. El señor Roman, un electricista jubilado que vivía en el segundo portal, apareció con una libreta en la que llevaba años anotando todas las averías del edificio. Dos madres jóvenes acudieron con sus hijos porque no tenían con quién dejarlos. Cerca de la entrada se reunieron también vecinos a los que, hasta entonces, solo había visto durante el trasplante anual de las plantas.

Diecisiete personas en total.

Todas habían venido por el mismo motivo: nos habían comunicado que el futuro del invernadero dependería de una evaluación técnica y de la presentación de una forma realista de financiar su mantenimiento.

Todavía no les había dicho que el hombre responsable de parte de aquella evaluación estaba junto a la ventana occidental, examinando la estructura del tejado.

Marek Kłos parecía ajeno al murmullo creciente. Llevaba el mismo jersey gris antracita, aunque había sustituido el abrigo por una chaqueta de trabajo que había colgado del respaldo de una silla. Sostenía una tableta en una mano y un lápiz en la otra. De vez en cuando levantaba la cabeza para comprobar las uniones de los perfiles de acero.

Me pregunté si realmente era tan tranquilo o si, sencillamente, había aprendido a ocultar la tensión a la perfección.

—Zuzia, ¿quién es ese? —preguntó la señora Helena, acercándose con una taza de té.

—Un proyectista. Está preparando una evaluación para la modernización.

—Ah. —Lo examinó atentamente—. Es guapo.

—Eso no tiene ninguna importancia.

—Para la calefacción, seguramente no.

No tuve tiempo de responder porque Marek se volvió hacia nosotras.

—Buenos días a todos. Soy Marek Kłos. Gracias por haber encontrado tiempo para venir.

Su voz se impuso a las conversaciones sin esfuerzo. No la elevó excesivamente ni intentó adoptar un tono formal. La gente fue guardando silencio poco a poco, y me irritó ligeramente que controlar al grupo le resultara tan natural.

—Antes de empezar —dije, colocándome junto a la mesa—, quisiera aclarar una cosa. Esta reunión no significa que hayamos aceptado ningún cambio en las condiciones de uso del invernadero.

Marek me miró.

—Así es.

—Ni que se puedan mover las plantas sin consultarlo.

—Tampoco.

—Ni restringir el acceso a los vecinos.

Guardó silencio durante un breve instante.

—Eso dependerá de la solución que se elija.

Los primeros murmullos de descontento recorrieron la sala.

Noté que mis dedos se aferraban al borde de la mesa.

—Precisamente por eso quiero que dejemos claro desde el principio qué estamos defendiendo —dije—. El invernadero se creó como un espacio común. No como un elemento decorativo que solo pueda contemplarse a través de un cristal.

El señor Roman levantó la mano.

—¿Y si alguien nos dice de una vez cuánto cuesta reparar la maldita calefacción?

Marek dejó la tableta.

—Todavía no tengo una cifra definitiva. Lo que sí sé es que el problema no se limita a un radiador. Tenemos filtraciones, una distribución irregular del calor y humedad en varios puntos de la estructura. Si reparamos únicamente lo que se ve, dentro de un año podríamos encontrarnos exactamente en la misma situación.

—¿Eso significa que hay que cerrar el invernadero? —preguntó una de las madres.

—No he dicho eso.

—¿Pero lo está considerando?

—Estoy estudiando todas las soluciones que permitan mantener el edificio en condiciones de seguridad.

No me gustó aquella respuesta. Era objetiva, prudente y prácticamente imposible de rebatir. Al mismo tiempo, esquivaba la cuestión que para mí seguía siendo la más importante.

—¿Y si la solución técnica resulta incompatible con las necesidades de los vecinos?

Marek apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Entonces tendremos que decidir qué necesidades pueden conciliarse.

—No todo es cuestión de llegar a un compromiso.

—Lo sé.

Lo dijo con tanta serenidad que, de repente, sentí ganas de preguntarle cómo podía estar tan seguro. En lugar de hacerlo, abrí mi propio calendario de trabajo.

Durante la siguiente media hora presenté el plan de actuación. Hablé del inventario de la colección, los talleres de botánica, el sistema de turnos de voluntariado y la recaudación de fondos para las reparaciones más urgentes. Mostré fotografías de plantas que no podían trasladarse sin riesgo de sufrir daños y un desglose de los materiales necesarios para devolver al sistema de riego su pleno funcionamiento.

Conocía cada cifra. Cada nombre de los voluntarios. Cada fecha.

Llevaba meses preparando aquel proyecto, muchas veces por la noche, entre mi trabajo en el laboratorio y las visitas al invernadero. No pensaba permitir que lo trataran como el simpático pasatiempo de una mujer demasiado encariñada con sus macetas.

—Es un programa muy bien elaborado —dijo Marek cuando terminé.

No esperaba un elogio. Mucho menos esperaba que sonara sincero.

—Gracias.

—Pero no responde a la cuestión de la financiación permanente.

Apreté los labios.

—La recaudación y las donaciones...

—Pueden ayudar a iniciar la reforma. No garantizarán unos ingresos previsibles durante los próximos años.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por los costes de instalaciones similares. Puedo enseñárselos.

—Adelante.

Marek deslizó la tableta hacia mí. En la pantalla aparecía un desglose del consumo energético, el mantenimiento de las instalaciones y las reparaciones previstas. No todas las cifras eran definitivas, pero incluso las estimaciones bastaron para que sintiera una desagradable pesadez en el estómago.

Hasta entonces me había concentrado en salvar el invernadero del cierre. No había pensado lo suficiente en lo que ocurriría dos años después.

—Eso no significa que mi plan no tenga valor —dije en voz más baja.

—Nunca he dicho eso.

—Pero lo consideras solo la mitad de la solución.

—Porque lo es.

Levanté la mirada.

Marek me observaba sin rastro de triunfo. No intentó aprovechar mi momentánea inseguridad para convencer a los demás de que su propuesta era superior.

—Usted entiende por qué este lugar es necesario para las personas —dijo—. Yo entiendo qué necesita el edificio. Si fingimos que una cosa basta sin la otra, perderemos los dos.

Aquella fue la primera frase que realmente consiguió llegarme.

No porque estuviera completamente de acuerdo con él.

Sino porque había utilizado el plural.

Los dos.

Todavía no sabía si podía confiar en él, pero durante un breve instante sentí que había dejado de estar al otro lado de la mesa.

La reunión terminó poco antes del mediodía, cuando la señora Helena decretó con firmeza que seguir discutiendo sin té ni algo caliente que comer constituía un atentado contra la salud de todos los presentes.

Los vecinos se marcharon poco a poco, dejando tazas vacías, migas y una hoja con propuestas adicionales. Predominaban las ideas sensatas, aunque alguien había sugerido criar mariposas exóticas, y el señor Roman se había ofrecido a reparar personalmente todas las instalaciones, siempre que nadie lo molestara.

Estaba recogiendo los platos cuando Marek se acercó con dos sillas.

—¿Dónde las dejo?

Señalé un rincón junto a la entrada.

—Detrás del armario de herramientas.

Las colocó allí y regresó.

—Está enfadada conmigo.

—No.

—Qué curioso, porque tiene cara de estar considerando tirarme por la ventana.

—No lo tiraría por la ventana. Dañaría la estructura.

Se rio suavemente.

Esta vez no fue una sonrisa apenas perceptible. La risa transformó su rostro de una manera que me resultó peligrosamente agradable. Durante un segundo vi en él a alguien completamente distinto del hombre de los presupuestos y el rotulador rojo.

—Agradezco su preocupación por el edificio —dijo.

—No se acostumbre.

Cogió la última taza de la mesa y la llevó a la pequeña dependencia de servicio.

Lo observé mientras abría el grifo y lavaba la taza, aunque nadie se lo había pedido. No trataba de llamar la atención. Simplemente había visto algo que necesitaba hacerse.

No quería que aquello me gustara.

—Tengo una propuesta —dijo, secándose las manos con una toalla de papel.

—¿Otra línea atravesando mi colección?

—Esta vez sin rotulador.

Sacó una hoja doblada del bolsillo.

—Necesito acceso a la documentación técnica y la posibilidad de realizar mediciones en tres zonas. Usted necesita datos fiables para hablar con el administrador. Podemos preparar un diagnóstico conjunto.

—¿En qué condiciones?

—Usted se responsabiliza de las plantas, de su seguridad y del uso del espacio. Yo me encargo de evaluar la estructura y las instalaciones.

—¿Y las decisiones?

—Ningún cambio unilateral.

—Eso es demasiado general.

Por un momento pareció impacientarse. Sin embargo, recuperó rápidamente el control de su expresión.

—¿Qué espera exactamente?

Dejé el paño.

—Que no me despierte un día con la noticia de que la mitad del invernadero se va a alquilar a una empresa que organiza fiestas privadas. Que ninguna planta desaparezca sin que yo lo sepa. Que los vecinos conozcan las alternativas reales antes de que el administrador elija la más conveniente desde el punto de vista económico.

Marek se puso serio.

—No puedo prometerle que el administrador elegirá su propuesta.

—No se lo estoy pidiendo.

—Pero puedo prometerle que mis conclusiones técnicas estarán a disposición de usted y de los representantes de los vecinos. Tampoco presentaré su proyecto como algo irrelevante.

Lo observé fijamente, buscando alguna reserva oculta en aquella declaración.

—¿Y su proyecto?

—Todavía no lo he terminado.

—Entonces quiero conocer sus planteamientos antes de que se conviertan en una recomendación definitiva.

No respondió de inmediato.

Me acerqué un poco más y apoyé una mano sobre la mesa. Nos separaba quizá medio metro. Distinguí el tono más oscuro de la barba incipiente a lo largo de su mandíbula y una pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda.

—Señor Kłos, de verdad que no estoy luchando por orgullo. Si resulta que mi propuesta es insuficiente, la mejoraré. Pero no aceptaré que se trate a los vecinos como un obstáculo para llevar adelante una inversión.

—La creo.

Aquellas dos palabras me sorprendieron.

—¿Así de sencillo?

—No. Después de ver cómo defendía su programa y cómo, a continuación, empezó a hacer preguntas sobre los costes. Alguien a quien solo le importa salirse con la suya no hace lo segundo.

Sentí una extraña calidez en el pecho.

No porque hubiera dicho algo especialmente romántico. Todo lo contrario. Había reconocido en mí una cualidad que valoraba por encima de casi todas las demás y que la gente solía olvidar cuando veía cuánto me importaba el invernadero.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Qué es lo que le importa?

—Que dentro de cinco años este edificio siga en pie y no necesite que alguien vuelva a rescatarlo.

—¿Solo eso?

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Ya es suficientemente difícil.

Había algo personal en aquella respuesta. Sin embargo, no intenté sonsacarle nada más. No lo conocía lo bastante como para sentirme con derecho a hacerlo.

Después de que se marchara, me quedé otra hora. Tenía que comprobar la humedad del sustrato en la zona tropical y completar los registros de riego. Normalmente aquel trabajo me tranquilizaba, pero esta vez mis pensamientos regresaban una y otra vez a nuestra conversación.

No me gustaba que alguien cuestionara mi preparación.

Me gustaba todavía menos cuando lo hacía con conocimiento de causa.

Marek no proponía soluciones fáciles. Me había mostrado un problema que no podía ignorar y, al mismo tiempo, no había restado importancia a todo lo que yo ya había conseguido.

Aquello resultaba irritantemente atractivo.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Era un mensaje de Karolina, mi mejor amiga, acompañado de una fotografía de una taza de café.

«¿Cómo va la guerra por la jungla? ¿Ha sobrevivido el proyectista?»

Sonreí y respondí:

«Por desgracia. Es razonable, lo cual complica bastante las cosas».

Su respuesta apareció casi de inmediato.

«¿Razonable y guapo? Ten cuidado, es una combinación sospechosa».

Guardé el teléfono antes de tener que admitir ante mí misma que Karolina tenía razón, al menos en una cosa.

Me detuve junto al alféizar occidental, frente a la monstera. Su hoja más grande se extendía más allá del límite que Marek había señalado anteriormente. Bajo la luz de la tarde parecía casi transparente, y pequeñas gotas de agua se acumulaban en sus extremos.

Toqué con cuidado su superficie fresca.

—No voy a dejar que te echen de aquí —murmuré.

—Un buen comienzo para conversar con las plantas. Con las personas funciona algo peor.

Me volví bruscamente.

Marek estaba junto a la entrada.

—¿Me está siguiendo?

—Me dejé el cargador. —Señaló la mesita que había junto a la puerta—. Pero, si prefiere una versión más dramática, puedo decir que he vuelto para comprobar si la monstera se encuentra bien.

—Por lo menos ella no dibuja sobre los planos ajenos.

Se acercó a la mesita, recogió el cargador y me observó durante un momento con expresión divertida.

—¿Sabe qué es lo más difícil de diseñar invernaderos?

—¿Convencer a las botánicas de que sabe hacer su trabajo?

—Eso lo estoy descubriendo ahora. Me refiero a que las personas esperan estabilidad de un edificio, mientras que las plantas necesitan cambios constantes. Hay que diseñar algo duradero para algo que nunca deja de crecer.

No respondí.

Miré la monstera y después a él.

En aquellas palabras había algo más que una observación técnica. Quizá por eso las recordé con tanta precisión.

—En ese caso —dije—, debería saber que no se puede convencer a las plantas para que crezcan siguiendo un plano.

—Lo sé. Por eso prefiero diseñar un espacio capaz de adaptarse a ellas.

Permanecimos unos instantes frente a frente, en silencio.

De pronto, aquel silencio dejó de parecer incómodo.

Marek fue el primero en apartar la mirada.

—Hasta mañana, señora Olszewska.

—Hasta mañana, señor Kłos.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, comprendí que, por primera vez en muchos meses, esperaba de verdad que llegara el siguiente día de trabajo.

Y aquello no tenía nada que ver con las plantas.

Capítulo 2 - Las condiciones de nuestra colaboración

A la mañana siguiente encontré un correo electrónico de Marek en mi bandeja de entrada.

El asunto decía: «Invernadero — propuesta de condiciones de colaboración».

Lo abrí antes incluso de preparar el desayuno.

El archivo adjunto contenía un documento de dos páginas con el alcance de los trabajos, la forma de intercambiar información y el calendario de las primeras mediciones. Marek había incluido todas las reservas que yo había planteado el día anterior. También había dejado claro que la evaluación técnica no suponía una autorización para modificar las condiciones de uso del espacio.

Leí el documento dos veces.

Al final encontré una nota:

«Propongo que hablemos hoy a las seis de la tarde para concretar los detalles fuera del invernadero. Sin público, sin galletas y sin disputas por el alféizar. M. K.».

No pude evitar sonreír.

Le respondí que aceptaba la reunión, siempre que llevara todos los datos disponibles sobre los costes de calefacción.

Su respuesta llegó unos minutos después.

«Los llevaré. ¿El café es una forma aceptable de negociar?»

«Depende de la calidad del café».

«Entonces elegiré el sitio con cuidado».

Dejé el teléfono y observé mi reflejo en la ventana de la cocina.

Llevaba una vieja camiseta de algodón, el pelo recogido de cualquier manera en lo alto de la cabeza y la expresión de una mujer que acababa de aceptar algo más interesante que una simple reunión profesional.

Todavía no sabía si aquello me alegraba o me inquietaba.

Antes del mediodía me llamó el administrador del edificio, el señor Wiktor Maj.

Era un hombre capaz de hablar durante diez minutos sin dar una sola respuesta inequívoca.

—Señorita Olszewska, me han informado de que la reunión de ayer fue constructiva.

—Depende de lo que entendamos por constructiva.

—Lo importante es que los vecinos comprenden la necesidad de introducir cambios.

—Comprenden la necesidad de hacer reparaciones. No es lo mismo.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—Debe recordar que el actual sistema de mantenimiento del invernadero resulta costoso.

—Precisamente por eso estamos preparando alternativas.

—El señor Kłos tiene mucha experiencia. Confío en que colaborará con él sin crear dificultades innecesarias.

No me gustó aquella expresión.

—Si por dificultades entiende hacer preguntas sobre el futuro de un espacio común, me temo que no puedo prometerle nada.

Terminé la conversación de forma educada, pero firme.

Durante unos minutos permanecí sentada frente al escritorio, mirando la pantalla del ordenador. Recordé las palabras de Marek sobre la financiación y su breve vacilación cuando le pregunté por el acceso de los vecinos.

No quería ser injusta con él. Sin embargo, sabía que sus obligaciones profesionales no tenían por qué coincidir con las mías.

Mi teléfono volvió a vibrar.

«He encontrado una cafetería en la calle Święty Marcin. Dicen que tienen buen café y mesas lo bastante grandes para los documentos. ¿Seguimos quedando a las seis?»

Respondí:

«Sí. Pero los documentos tienen prioridad».

«Entendido. Intentaré no sentirme ofendido».

Solté una carcajada.

En el apartamento vacío sonó sorprendentemente fuerte.

Llegué a la cafetería cinco minutos antes de la hora acordada.

No porque me importara especialmente la puntualidad. Simplemente no quería darle a Marek la oportunidad de verme correr por la calle, arreglándome la bufanda y maldiciendo los zapatos que había elegido.

El local era pequeño, con mesas de madera, una iluminación cálida y olor a café recién molido. Al otro lado de los cristales pasaban personas con paraguas, mientras que los adoquines mojados reflejaban las luces de los coches.

Marek ya estaba sentado en una mesa junto a la pared.

Cuando me vio, se levantó.

Aquel pequeño gesto me resultó inesperadamente encantador.

—Señorita Olszewska.

—Señor Kłos.

Me miró con evidente diversión.

—Si vamos a trabajar juntos durante las próximas semanas, ¿qué te parece si empezamos a tutearnos?

—Con una condición: que no interpretes eso como permiso para mover mis plantas.

—Acepto la condición.

Me senté frente a él.

Solo entonces advertí que, en lugar del jersey de trabajo, llevaba una camisa oscura. Tenía las mangas remangadas hasta los codos y un reloj sencillo en la muñeca izquierda. Parecía más elegante que en el invernadero, pero no daba la impresión de haberse preparado especialmente para nuestra cita.

Yo, en cambio, había pasado veinte minutos preguntándome si mi vestido azul marino sería demasiado formal.

Aquella desigualdad de esfuerzos me pareció injusta.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó.

—Un capuchino.

—¿Está bueno?

—Eso vamos a averiguar.

Sonrió y se acercó a la barra.

Lo observé durante unos instantes desde mi asiento. Hablaba con la camarera con naturalidad, sin prisas. Cuando